

Agraria en la margen derecha del río Ariari. Programa que confrontó muchos problemas, pues partió de un hecho irreal: se declaró la vega del río Ariari como baldía. Así, cuando se empezaron a distribuir las parcelas, los funcionarios de la Caja y los colonos "oficiales" se encontraron con que gran parte de lo que se aspiraba a repartir estaba ya ocupado por los primeros colonos. Ante esta situación, la Caja tuvo que comenzar a repartir terrenos donde los hubiera; se comenzó así a colonizar la sabana, lo cual trajo el más estruendoso fracaso y llevó a que los nuevos colonos buscaran tierras para establecerse en la reserva natural de la Sierra de la Macarena. El programa benefició a los antiguos colonos, pues les permitió acceder a los servicios de la Caja Agraria.

Así mismo, se estableció en Granada el batallón Vargas, el cual iría a cumplir, además de un control militar, un ambicioso programa cívico-militar. El triunfo de la Revolución Cubana influyó en la creación de este contingente militar, pues con base en ello el Estado y las FF. AA. tuvieron muchos argumentos para adelantar proyectos en contra de la influencia comunista. Para ello se contó con la colaboración económica y militar de los Estados Unidos, que, a través de la AID y del programa de asistencia militar estadounidense (Pam), colaboró estrechamente con el plan de acción cívico-militar. Este programa, a diferencia del anterior, contó con mejor suerte, pues el ejército, mediante distintos mecanismos, logró ganarse la simpatía de los habitantes del Ariari.

Si bien el libro tiene grandes aciertos, sobre todo en la parte factual, también presenta grandes desaciertos en la parte teórica y conceptual. Por ejemplo, reiteradamente el autor usa el término *autodefensa de masas campesinas*, el cual no es suficientemente explicado y, dados los actuales momentos que vive el país, podría dar lugar a mal entendidos. Así mismo, el autor hace un buen esfuerzo en historiar un proceso regional de colonización en el cual la violencia ha desempeñado papel protagónico. Sin embargo, Londoño Díaz desconoce los avances que al respecto han logrado Luis Duque

Gómez (1967), Catherine Legrand (1988), Carlos Miguel Ortiz (1985), entre otros. Sin embargo, los testimonios presentados por el autor son lo suficientemente contundentes en mostrar la conjunción de ambos factores.

Sin embargo, lo más sorprendente es que Londoño Díaz ni siquiera menciona las obras que sobre el mismo fenómeno por él estudiado se han escrito para la región y que se han citado con anterioridad y que le hubieran permitido adelantar algunas comparaciones valiosas. Tales carencias en cuanto a lectura de la bibliografía secundaria básica, de la cual sólo hemos mencionado algunos títulos, hacen de la obra que comentamos, un libro interesante por las descripciones y testimonios presentados pero poco analítico.

Sólo resta felicitar a quienes cumplieron la cuidadosa labor editorial y de imprenta realizada en Villavicencio para sacar a la luz pública este trabajo. Es un buen ejemplo de que en la provincia, si se quiere y se tiene el deseo e interés, se pueden hacer las cosas bien.

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

## Provincianismo retórico y trasnochado

### El Gran Caldas

Luis Eduardo Agudelo Ramírez

Ediciones Autores Antioqueños, Volumen 48, Medellín, 1989, 296 págs.

El caso de Antioquia es bien singular dentro del conjunto de estudios regionales que se han efectuado en Colombia desde hace más de cuarenta años. A esa región del país, y a sus habitantes, se les han dedicado miles de páginas que proceden de los más diversos autores y de las más disímiles posiciones partidistas e ideológicas. Se puede decir que existe ya una rama de los estudios sociales, que puede dársele el mote de "Antioqueñología", que sin embargo es profundamente desigual. En efecto, encontramos, cuando de hablar de los antioqueños se trata, un sinnú-

mero de publicaciones de muy poca calidad interpretativa y analítica, basada más en los prejuicios ideológicos y culturales que pretenden encontrar en la "raza" antioqueña una especie singular de hombres que "civilizó" este país, en virtud de ciertas predisposiciones "naturales" que los harían superiores al resto de grupos culturales del actual territorio colombiano. A esta interpretación han contribuido un reducido grupo de estudiosos extranjeros (principalmente Parsons, Hagen y McGreevy) que han buscado en la colonización antioqueña la manifestación más clara de un "desarrollo" económico democrático e integral. En algunos casos, como el de McGreevy, Antioquia corroboraría retrospectivamente cuáles son los mecanismos indispensables para que una región determinada pase del atraso al desarrollo mediante el logro del tan anhelado "despegue" (take off), del que tanto se habló en la década de 1960.

Una tendencia minoritaria, pero que últimamente empieza a cobrar fuerza, ha empezado a desmitificar la colonización antioqueña y señalarla como un proceso complejo y contradictorio, que no es todo lo democrático e igualitario que muchos han pretendido, sino que contrariamente ha reproducido formas de explotación y desigualdad como las existentes en el resto del país. Así mismo esta nueva interpretación (entre la que sobresalen estudios como los de Palacios, K. Christie, J. Villegas y K. LeGrand entre otros) ha puesto en cuestión el supuesto carácter democrático del reparto territorial que se desprendió de la expansión de la frontera agrícola en el occidente del país. Esta nueva interpretación no desconoce, desde luego, la importancia que adquirió la colonización antioqueña en la consolidación del capitalismo, en el surgimiento de Colombia como país cafetero y en los orígenes de la industrialización, pero ve todos estos aspectos como procesos contradictorios, con grandes antagonismos sociales, con "vencedores" y "perdedores" <sup>1</sup>.

Existiendo esta variedad interpretativa sobre la historia antioqueña era de esperarse que cualquier nuevo



estudio relacionado con esa región recogiera los aportes investigativos acumulados hasta el momento actual, y máxime cuando se intenta hacer un estudio de síntesis, como es el caso del libro que ahora entramos a comentar de Luis E. Agudelo Ramírez, titulado *El Gran Caldas*.

En efecto, este libro que fue ganador del primer premio IDEA (Instituto para el Desarrollo de Antioquia) del Primer Concurso de Investigación Histórica de Antioquia, organizado en 1987; cosa que de paso indica, como lo trataremos de comprobar más adelante, el carácter clientilizado de los concursos que se hacen en Colombia, pues este libro en realidad como aporte historiográfico es muy poco lo que se merece, o ¿es qué los otros trabajos fueron de muy dudosa calidad? pretende realizar un estudio sintético de la historia del "Gran Caldas", entidad geográfica demasiado inaprehensible, pues no está definida en ningún lugar desde el punto de vista geográfico, ecológico y mucho menos histórico. En principio, el autor, debería haber retomado las modernas discusiones alrededor de la "región histórica", para tratar de precisar los perfiles propios de eso, que en una forma más bien jurídica y burocrática, se denomina el "Gran Caldas".

Como, justamente, predomina la ficción jurídica de los límites territoriales del antiguo departamento de Caldas (que englobaría además, a los actuales Risaralda y Quindío), la mayor parte de las descripciones, y "análisis" efectuados se circunscriben mecánicamente a señalar aquellos hitos que harán parte de la "épica" histórica de lo que luego será el "Gran Caldas". Así las cosas, se hace una remisión inicial a los grupos indígenas que poblaron los territorios actuales de Caldas, entre los que sobresalieron los quimbayas. En esa parte inicial del trabajo, su autor antes de adentrarse, a través de los valiosos estudios de antropólogos, arqueólogos e historiadores del grupo quimbaya, cae en una vocación lastimera y quejumbrosa del impacto negativo de la conquista y colonización española, paradójicamente al

extremo de hablar más de los mismos hechos de la conquista, antes que en el análisis sintético de las características primordiales de los grupos indígenas de la zona. Debería haber resaltado sus formas de organización social, política y económicas, sus características culturales y los mecanismos de resistencia que diseñaron ante la invasión ibérica. Pero nada de eso se estudia detalladamente, si acaso se le menciona se hace tangencialmente, y cuando se hace —va a ser la norma en todo el texto— es remitiéndose a una extensa cita de uno de los especialistas. Es decir que ni siquiera hay un intento de reelaboración gramatical para asimilar lo ya dicho por otros investigadores, el problema simplemente se soluciona de la forma más fácil: citando extensa y frecuentemente.

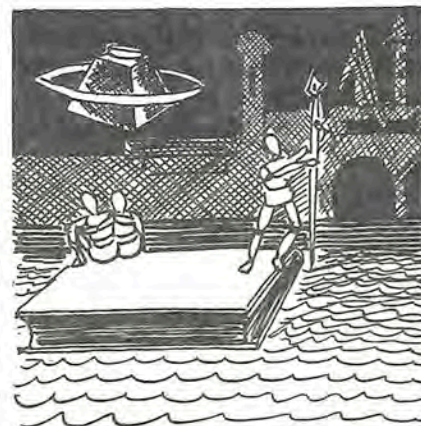
La segunda parte del texto se centra en el estudio del surgimiento de lo "antioqueño" que se produciría a finales de la época colonial, en las postrimerías del siglo XVIII. Es a partir de este capítulo cuando el autor nos retrotrae el discurso histórico más rancio y tradicional sobre los antioqueños, de lo cual es una buena muestra la retórica de que hace gala para describir la peculiar "psicología social" de los antioqueños, que toma de otro autor, Luis Fajardo, y como un culto a la adjetivación se recrea en citar extensamente. Según esa maraña de epítetos, los antioqueños se caracterizarían por: "ascetismo, positivismo, activismo, movilidad geográfica, sentido práctico, reserva, sentido comercial, frugalidad, laboriosidad, afición por el dinero, fidelidad conyugal, maneras (sic) democráticas, alta motivación hacia el éxito, optimismo, religiosidad, sentido de independencia, regionalismo, afición al juego, tradicionalismo, método y orden neutralidad (?) afectiva, agresividad, puritanismo sexual, creencia en el progreso, igualitarismo, predominio de la orientación (?) hacia el futuro, predominio del rango social adquirido sobre el rango social adscrito o heredado, afición al riesgo calculado (!), truculencia, preferencia por los colores sobrios (verde, azul), temperamento nervioso, expre-

sividad de movimientos, locuacidad, incongruencia entre las creencias y la acción, hipersensibilidad acerca del tiempo (cumplimiento)" (pág. 51).

Lo lee uno y no cree que se gasten tantos calificativos para no definir prácticamente nada, porque si la "raza" paisa tiene esas características es casi la raza cósmica de la que hablaba Vasconcelos porque resume las características más sobresalientes del hombre moderno y si fuéramos más al fondo de la mayor parte de ellas las podemos encontrar en la casi totalidad de los grupos regionales existentes en el país.

Es muy cuestionable que en la actualidad, con los notables avances en la investigación histórica y social, se siga presentando una concepción seudocultural para engrandecer artificialmente al prototipo paisa, desconociendo las particularidades de una evolución histórica propia, que le da ese matiz especial a lo antioqueño y no un supuesto carácter psicossocial único en su género.

De esta parte sobre la colonización temprana (de fines de la época colonial) hasta terminar el libro nos encontramos ante un conjunto de páginas que siguen una secuencia cronológica muy esquemática y que responden esencialmente a una visión juricista de la historia. El problema de fondo es la creación del departamento de Caldas por el estado central, y a partir de allí seguir los aspectos formales de su existencia: leyes, decretos, gobernadores, fundación de sus principales ciudades, para llegar a la brillante conclusión que la democrática e igualitaria expansión antioqueña en el





“Gran Caldas” la frontera agrícola, para enfatizar el aspecto negativo de la depredación de los bosques primarios. Desde luego, la consideración de lo ecológico no aparece ni remotamente en el texto aquí reseñado.

Con todas las consideraciones anteriores resulta bastante extraño —por decir lo menos— que un texto como el reseñado haya sido ganador de un premio sobre historia antioqueña, cuando no cumple con ninguno de los requisitos mínimos de la moderna investigación histórica (esto es, rigor metodológico, crítica de fuentes, análisis basado en las modernas teorías de las ciencias sociales, interdisciplinariedad) y más bien se ubica en el plano de las más rancias y envejecidas formas de escribir historia. Habría que preguntarle al jurado del evento —compuesto entre otras cosas por instituciones bastante serias en la investigación histórica como la FAES, Universidad de Antioquia y Universidad Nacional— si lo que se premiaba era una investigación moderna y seria de tipo regional o el más trasnochado chovinismo regional enmascarado con una retórica pseudocientífica.

RENÁN VEGA CANTOR

<sup>1</sup> C. Keith Christie, *Oligarcas, campesinos y política en Colombia*, Ediciones Universidad Nacional, Bogotá, 1986, cap. I, págs. 23 y s.s.

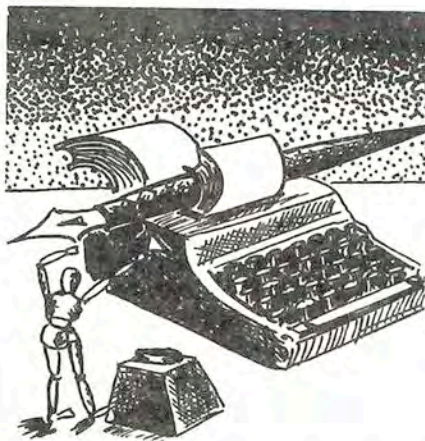
## Cardos antes de cantar

**Sierra Nevada —Santa Marta, Ciudad Perdida, Guajira—**  
Patrick Rouillard  
(Textos: Consuelo Cepeda, Alfredo Riascos N., Roberto Lleras, Germán I. Andrade, Gerardo I. Ardila)  
Editorial Colina, Bogotá, 1988, s.p.

“Espectaculares est”

Patrick Rouillard, fotógrafo francés autor de los libros *Colombia*, *Boyacá*, *San Agustín*, publicó recientemente *Sierra Nevada —Santa Marta, Ciudad Perdida, Guajira—*.

Una serie de fotografías, la mayoría muy vistas. Es otra vez la misma foto; el mismo Rodadero, el mismo arhuaco, la misma Nueva Venecia; lugares y gentes de una prosperidad abrumadora. Como si la ciénaga no fuera, además del “más grande depósito de agua salada en Colombia”, uno de los principales problemas ecológicos que hay. Pero acá, en este libro, no: abunda la pesca, la gente sonríe y la estética sólo tiene que ver con la alegría.



Los arhuacos son unos seres felices; El Rodadero es un balneario limpio, de panorámica espectacular; la Sierra Nevada de Santa Marta es virgen; la Guajira da tiempo para la economía de la sal, para la cultura indígena libre que la habita. Es como si el señor Rouillard no hubiera convivido con los seres que moran en los sitios en que toma sus fotografías; sólo ve a través de la lente de su cámara. No se trata de mostrar únicamente el horror que nos envuelve o de describir exclusivamente lo mortificante, pero sí hay que pensar en que un libro con este título y con los textos que lo presentan ha de ser una muestra del lugar. Sin embargo, el lugar del libro no queda en realidad en donde el libro dice que está. Es otra vez la estética europea concentrada en lo exótico tropical.

Los textos de cada capítulo dicen así: Santa Marta por Alfredo Riascos N. “...tierra sagrada: de Santa Marta partió Quesada con 800 hombres y un viaje de espanto que culminó con la fundación de Bogotá...”. “Porque conocieron el ardor y la fuerza de esta tierra y porque com-

prendieron que estaban en el corazón de América, Fernández de Lugo pagó tanto dinero por esta gobernación; Luis Beltrán de aquí, salió para la santidad...”.

Textos un tanto líricos, que alegorizan cada lugar. Santa Marta en fotos es el retrato del Libertador, la Quinta de San Pedro Alejandrino, la más antigua catedral de Colombia, muestras de arquitectura moderna y no moderna, crepúsculos, panorámicas, el sol, las playas, un delfín, una lancha, otra lancha, varias lanchas, montañas, acantilados, caminos de Ciudad Perdida, unos peces, la Ciénaga Grande, Taganga, un armador de barcos de madera; así, tan simple, tan nada, una ciudad cualquiera en un bello lugar; unas fotografías comunes, en un lugar común; es, repito, el mismo mar, la misma lancha, el mismo rostro, fotos que se han tomado tanto...

El texto “Ciudad Perdida”, de Roberto Lleras, describe la llegada por tierra y aire al lugar y dice: “Hay sitios en el mundo que deslumbran a primera vista, otros causan mucho asombro cuando se los visita y estudia. Ciudad Perdida pertenece a las dos clases de lugares. Sea porque llegar a ella es una experiencia tan fascinante, o bien porque su concepción y su construcción son tan interesantes, que son pocos los visitantes que se van de allí desengañados”. Habla de lo que es fascinante: “...lo más fascinante es el sentimiento inequívoco de que allí, en medio de una naturaleza abrumadora se encuentra una obra del hombre que armoniza maravillosamente con el medio que la rodea y que, sin embargo, es tan distinta a él”. Describe el patrón urbano que la compone, da la altura a la que se encuentra, explica las diferentes variaciones arquitectónicas; al final menciona otros lugares similares por explorar y dice que es el ejemplo más evidente de inteligencia y fuerza en el pasado prehistórico colombiano. Entre la vegetación brumosa y el agua cristalina y fría de los ríos, detrás de los primeros planos de helechos y parásitos, aparecen los caminos, las paredes y partes de las terrazas de piedra de Ciudad Perdida. Sin embargo, no hay una sola foto que deje ver claramente la disposición del lugar.